

OTRA VUELTA DE TUERCA

Henry James

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-16564-39-2

© 2016 Paradimage Soluciones

INDICE

PROLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL	5
OTRA VUELTA DE TUERCA	6
I	18
II	24
III	31
IV	38
V	44
VI	52
VII	61
VIII	69
IX	76
X	82
XI	88
XII	93
XIII	98
XIV	104
XV	110
XVI	114

XVII.....	119
XVIII.....	126
XIX.....	131
XX.....	136
XXI.....	142
XXII.....	151
XXIII.....	156
XXIV.....	162

PROLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL

Nueva York, (1843-1916). **Henry James** nació en el seno de una acomodada familia de origen irlandés. Comenzó su producción literaria publicando relatos literarios en revistas norteamericanas. Preocupado siempre por el punto de vista narrativo, sus primeras obras reflejaban el conflicto entre la espontaneidad y la exuberancia de la cultura estadounidense, que James personificaba en las figuras femeninas de sus novelas, y la secular tradición de la cultura británica, por la que sintió siempre una gran afinidad. Exponente de la literatura realista, Henry James adquirió la nacionalidad británica un año antes de su muerte.

En **Otra vuelta de tuerca** Henry James logró realmente el «más difícil todavía»: dar otra vuelta a esa «tuerca» que hay escondida en todo relato de terror. Una joven inglesa llega a una vieja mansión en el campo para encargarse de la educación de un niño y una niña que han quedado huérfanos. Poco tiempo después de su llegada, descubre que los niños reciben periódicas «visitas» de sus antiguos preceptores, un hombre y una mujer muertos un año atrás. La institutriz, horrorizada, decide hacer lo posible para defender a los niños, cuya custodia se le había encomendado, y trata de interponerse entre ellos y los fantasmas.

Consulta el catálogo completo de obras publicadas por Paradimage en www.paradimage.com

OTRA VUELTA DE TUERCA

“Hay tres cosas importantes en la vida: la primera, ser amable; la segunda, serlo siempre; y la tercera, nunca dejar de serlo”

Henry James

Otra vuelta de tuerca – Henry James

La historia nos había mantenido alrededor del fuego lo suficientemente expectantes, pero fuera del innecesario comentario de que era horripilante, como debía serlo por fuerza todo relato que se narrara en vísperas de navidad en una casa antigua, no recuerdo que produjera comentario alguno aparte del que hizo alguien para poner de relieve que era el único caso que conocía en que la visión la hubiese tenido un niño.

Se trataba, debo mencionarlo, de una aparición que tuvo lugar en una casa tan antigua como aquella en que nos reuníamos: una aparición monstruosa a un niño que dormía en una habitación con su madre, a quien despertó aquél presa del terror; pero al despertarla no se desvaneció su miedo, pues también la madre había tenido la misma visión que atemorizó al niño. Aquella observación provocó una respuesta de Douglas —no de inmediato, sino más tarde, en el curso de la velada—, una respuesta que tuvo las interesantes consecuencias que voy a reseñar. Alguien relató luego una historia, no especialmente brillante, que él, según pude darme cuenta, no escuchó. Eso me hizo sospechar que tenía algo que mostrarnos y que lo único que debíamos hacer era esperar. Y, en efecto, esperamos hasta dos noches después; pero ya en esa misma sesión, antes de despedirnos, nos anticipó algo de lo que tenía en la mente.

—Estoy absolutamente de acuerdo en lo tocante al fantasma del que habla Griffin, o lo que haya sido, el cual, por aparecerse primero al niño, muestra una característica especial. Pero no es el primer caso que conozco en que se involucre a un niño. Si el niño produce el efecto de otra vuelta de tuerca, ¿qué me dirían ustedes de dos niños?

—Por supuesto —exclamó alguien—, diríamos que dos niños significan dos vueltas. Y también diríamos que nos gustaría saber más sobre ellos.

Me parece ver aún a Douglas, de pie ante la chimenea a la que daba en ese momento la espalda y mirando a su interlocutor con las manos en los bolsillos.

—Yo soy el único que conoce la historia. Realmente, es horrible.

Esto, repetido en distintos tonos de voz, tendía a valorar más la cosa, y nuestro amigo, con mucho arte, preparaba ya su triunfo mientras nos recorría con la mirada y puntualizaba:

—Ninguna otra historia que haya oído en mi vida se le aproxima.

—¿En cuanto a horror? —pregunté.

Pareció vacilar; trató de explicar que no se trataba de algo tan sencillo, y que él mismo no sabía cómo calificar aquellos acontecimientos. Se pasó una mano por los ojos e hizo una mueca de estremecimiento.

—Lo único que sé —concluyó— es que se trata de algo espantoso.

—¡Oh, qué delicia! —exclamó una de las mujeres.

Él ni siquiera la advirtió; miró hacia mí, pero como si, en vez de mi persona, viera aquello de lo que hablaba.

—Por todo lo que implica de misterio, de fealdad, de espanto y de dolor.

—Entonces —le dije—, lo que debes hacer es sentarte y comenzar a contárnoslo.

Se volvió nuevamente hacia el fuego, empujó hacia él un leño con la punta del zapato, lo observó por un instante y luego se encaró otra vez con nosotros.

—No puedo comenzar ahora: debo enviar a alguien a la ciudad.

Otra vuelta de tuerca – Henry James

Se alzó un unánime murmullo cuajado de reproches, después del cual, con aire ensimismado, Douglas explicó:

—La historia está escrita. Está guardada en una gaveta; ha estado allí durante años. Puedo escribir a mi sirviente y mandarle la llave para que envíe el paquete tal como lo encuentre.

Parecía dirigirse a mí en especial, como si solicitara mi ayuda para no echarse atrás. Había roto una costra de hielo formada por muchos inviernos, y debía haber tenido razones suficientes para guardar tan largo silencio. Los demás lamentaron el aplazamiento, pero fueron precisamente aquellos escrúpulos de Douglas lo que más me gustó de la velada. Lo apremié para que escribiera por el primer correo a fin de que pudiésemos conocer aquel manuscrito lo antes posible. Le pregunté si la experiencia en cuestión había sido vivida por él. Su respuesta fue inmediata:

—¡Oh no, a Dios gracias!

—Y el manuscrito, ¿es tuyo? ¿Transcribiste tus impresiones?

—No, ésas las llevo aquí —y se palpó el corazón—. Nunca las he perdido.

—Entonces el manuscrito...

—Está escrito con una vieja y desvanecida tinta, con la más bella caligrafía —y se volvió de nuevo hacia el fuego— de una mujer. Murió hace veinte años. Ella me envió esas páginas antes de morir.

Todo el mundo lo estaba escuchando ya en ese momento y, por supuesto, no faltó quien, ante aquellas palabras, hiciera el comentario obligado; pero él pasó por alto la interferencia sin una sonrisa, aunque también sin irritación.

—Era una persona realmente encantadora, a pesar de ser diez años mayor que yo. Fue la institutriz de mi hermana —dijo con voz apagada—. La mujer más agradable que he conocido en ese oficio; merecedora de algo mejor. Fue hace mucho, mucho tiempo, y el episodio al que me refiero había sucedido bastante tiempo atrás. Yo estaba en Trinity, y la encontré en casa al volver en mis segundas vacaciones, en verano. Pasé casi todo el tiempo en casa. Fue un verano magnífico, y en sus horas libres paseábamos y conversábamos en el jardín. Me sorprendieron su inteligencia y encanto. Sí, no sonrían; me gustaba mucho, y aún hoy me satisface pensar que yo también le gustaba. De no haber sido así, ella no me hubiera confiado lo que me contó. Nunca lo había compartido con nadie. Y no sé esto porque ella me lo hubiera dicho, pero estoy seguro de que fue así. Sentía que era así. Ustedes podrán juzgarlo cuando conozcan la historia.

—¿Tan horrible fue aquello?

Siguió mirándome con fijeza.

—Podrás darte cuenta por ti mismo —repitió—, podrás darte cuenta.

Yo también lo miré con fijeza.

—Comprendo —dije—: estaba enamorada.

Rio por primera vez.

—Eres muy perspicaz. Sí, estaba enamorada. Mejor dicho, lo había estado. Eso salió a relucir... No podía contar la historia sin que saliera a relucir. Lo advertí, y ella se dio cuenta de que yo lo había advertido; pero ninguno de los dos volvió a tocar este punto. Recuerdo perfectamente el sitio y el lugar... Un rincón en el prado, la sombra de las grandes hayas y

Otra vuelta de tuerca – Henry James

una larga y cálida tarde de verano. No era el escenario ideal para estremecerse; sin embargo, ¡oh...!

Se apartó del fuego y se dejó caer en un sillón.

—¿Recibirás el paquete el jueves por la mañana? —le pregunté.

—Lo más probable es que llegue con el segundo correo.

—Bueno, entonces, después de la cena...

—¿Estarán todos aquí? —preguntó, y nuevamente nos recorrió con la mirada—. ¿Nadie se marcha? —añadió con un tono casi esperanzado.

—¡Nos quedaremos todos!

—¡Yo me quedaré! ¡Y yo también! —gritaron las damas cuya partida había sido ya fijada.

La señora Griffin, sin embargo, mostró su necesidad de saber un poco más:

—¿De quién estaba enamorada?

—La historia nos lo va a aclarar —me sentí obligado a responder.

—¡Oh, no puedo esperar a oír la historia!

—La historia no lo dirá —replicó Douglas— por lo menos, no de un modo explícito y vulgar.

—Pues es una lástima, porque éste es el único modo de que yo pudiera entender algo.

—¿Nos lo dirá usted, Douglas? —preguntó alguien.

Volvió a ponerse de pie.

—Sí... mañana. Ahora debo retirarme a mis habitaciones. Buenas noches.

Y, cogiendo un candelabro, salió dejándonos bastante intrigados. Cuando sus pasos se perdieron en la escalera situada al fondo del salón, la señora Griffin dijo:

—Bueno, podré no saber de quién estaba ella enamorada, pero sí sé de quién lo estaba él.

—Ella era diez años mayor que él —comentó su marido.

—Raison de plus..., a esa edad. Pero no deja de resultar agradable su larga reticencia.

—¡De cuarenta años! —precisó Griffin.

—Con este estallido final.

—El estallido —volví a tomar la palabra— constituirá una apasionante velada la noche del jueves.

Todo el mundo estuvo de acuerdo conmigo, y ante esa perspectiva nos desinteresamos de todo lo demás. La última historia, aunque de modo incompleto y dada apenas como introducción de un largo relato, había sido ya iniciada. Nos despedimos y "acandelabramos", como alguien dijo, y nos retiramos a dormir.

Supe al día siguiente que una carta conteniendo una llave había sido enviada en el primer correo a la casa de Douglas en Londres; pero, a pesar o, quizás, a causa de la difusión de aquella noticia, lo dejamos en paz hasta después de cenar, como si aquella hora de la noche concordara mejor con la clase de emoción que esperábamos experimentar. Entonces él se mostró tan comunicativo como podíamos desear, y hasta nos aclaró el motivo de su buen humor. Estaba de nuevo frente a la chimenea, como en la noche anterior, en la que tanto nos había sorprendido. Al parecer, el relato que había prometido leernos necesitaba, para ser cabalmente

Otra vuelta de tuerca – Henry James

comprendido, unas cuantas palabras como prólogo. Debo dejar aquí sentado con toda claridad que aquel relato, tal como lo transcribí muchos años más tarde, es el mismo que ahora voy a ofrecer a mis lectores. El pobre Douglas, antes de su muerte —cuando ya ésta era inminente—, me entregó el manuscrito que recibió en aquellos días y que en el mismo lugar, produciendo un efecto inmenso, comenzó a leer a nuestro pequeño círculo la noche del cuarto día. Las damas que habían prometido quedarse, a Dios gracias, no lo hicieron: a fin de atender unos previos compromisos, habían tenido que marcharse muertas de curiosidad, agudizada ésta por los pequeños avances que Douglas nos proporcionaba. Lo cual sirvió para que su auditorio final, más reducido y selecto, fuera enterándose de la historia en un estado casi de hipnosis.

El primero de aquellos avances constituía, hasta cierto punto, el principio de la historia, hasta el momento en que la autora la tomaba en sus manos. Los hechos que nos dio a conocer entonces fueron que su antigua amiga, la más joven de varias hijas de un pobre párroco rural, tuvo que dirigirse a Londres a toda prisa, apenas cumplidos los veinte años, para responder personalmente a un anuncio que ya la había hecho entablar una breve correspondencia con el anunciante. La persona que la recibió en una casa de Harley Street amplia e imponente, según la describía ella, resultó ser un caballero, un soltero en la flor de la vida y con una figura nunca vista —aunque vislumbrada tal vez en un sueño o en las páginas de una novela— por una tímida y oscura muchacha salida de una vicaría de Hampshire. No era difícil reconstruir su personalidad, pues, por fortuna, nunca se olvida la imagen de una persona como aquélla. Era apuesto, osado y amable, de fácil trato, alegre y generoso. Aquel hombre tenía por fuerza que impresionarla, no sólo por ser galante y espléndido sino, sobre todo, porque le planteó el asunto como un favor que ella iba a prestarle, como una manera de quedarle obligado para siempre. Esto fue lo que más

le llegó al alma, y lo que después le infundió el valor que hubo de menester. Le pareció un hombre rico y terriblemente extravagante, prototipo de la moda y las buenas maneras, poseedor de un vestuario costoso y encantador con las mujeres. Su casa en la ciudad era un palacio lleno de recuerdos de viajes y trofeos de caza; pero era a su residencia campestre, una antigua mansión en Essex, adonde quería que ella se dirigiera inmediatamente.

De resultas de la muerte de sus padres en la India, le había sido confiada la tutela de dos sobrinos, un niño y una niña, hijos de un hermano más joven, militar, fallecido dos años antes. Aquellos niños que extrañamente le había confiado el destino constituían, para un hombre de su posición, soltero y sin la experiencia adecuada ni el menor ápice de paciencia, una pesada carga. Había hecho por ellos todo lo que estaba a su alcance, ya que aquel par de criaturas le producían una infinita piedad. Los había enviado desde luego a su otra casa, ya que ningún lugar podía convenirles tanto como el campo; y puso a su disposición las mejores personas que pudo encontrar, desprendiéndose incluso de algunos de sus propios sirvientes para que los atendieran, e iba a visitarlos cada vez que podía para enterarse personalmente de su situación. Lo malo del caso era que los niños no tenían otros familiares y que a él sus propios asuntos le ocupaban todo el tiempo. Los había instalado en Bly, un lugar seguro y saludable, y había puesto al mando de la casa —aunque sólo de escaleras abajo— a una excelente mujer, la señora Grose, con la cual, estaba convencido de ello, su visitante iba a simpatizar, y que en otros tiempos había sido doncella de su madre. Era ahora ama de llaves y al mismo tiempo se ocupaba de la niña, por quien sentía, ya que, por fortuna, era una mujer sin hijos, un inmenso cariño. Había mucha gente para ayudar, pero, por supuesto, la joven que entrara en la casa en calidad de institutriz tendría la autoridad suprema. Debería hacerse cargo también, durante las

Otra vuelta de tuerca – Henry James

vacaciones, del niño, que por el momento estaba internado en una escuela. Sí, era demasiado pequeño para ello, pero ¿qué otra cosa podía hacerse? Dado que las vacaciones estaban ya al caer, debía presentarse de un día a otro.

Al principio cuidaba de los niños una joven que, para desdicha de ellos, había muerto. Se había comportado de un modo magnífico, pues era una joven de lo más respetable, hasta su muerte catastrófica, entre otras cosas, por no haber dejado otra alternativa al pequeño Miles. A partir de entonces, la señora Grose hizo todo lo que buenamente pudo por atender a Flora. Había además una cocinera, una doncella, una mujer que hacía la ordeña, un viejo mozo de cuadra, una vieja jaca y un viejo jardinero: un equipo de lo más respetable.

No bien acababa Douglas de describir aquel cuadro, cuando alguien formuló una pregunta:

—¿Y cómo murió la anterior institutriz? ¿Indigesta de tanta respetabilidad?

La respuesta de nuestro amigo fue inmediata:

—Eso se sabrá a su debido tiempo. No quiero anticiparme.

—Perdón. Pensé que era eso precisamente lo que estaba usted haciendo.

—Puesto en el lugar de la sucesora —sugerí—, me habría gustado saber si el empleo significaba...

—¿Un peligro mortal? —Douglas completó mi pensamiento—. Ella quiso enterarse y se enteró. Mañana sabrán ustedes de qué se enteró. En principio, el empleo que se le ofrecía no la entusiasmaba demasiado. Era una mujer joven, inexperta y nerviosa, y el panorama que se presentaba ante ella era el de una serie de pesados deberes y poca compañía;

realmente, de una gran soledad. Vaciló. Pidió un par de días para considerar el asunto. Pero el salario que le ofrecían excedía con mucho al que hubiera obtenido con cualquier otro empleo, y en una segunda entrevista aceptó.

Douglas hizo en ese momento una pausa que decidí aprovechar en beneficio del auditorio:

—La moraleja que se desprende es que, por lo visto, no podía resistirse a la seducción ejercida por aquel espléndido joven. Sucumbió a él.

Douglas se levantó, como había hecho la noche anterior, se acercó a la chimenea, empujó un leño hacia el fuego con la punta del zapato y, por un momento, permaneció de pie y de espaldas a nosotros.

—Sólo lo vio dos veces.

—Eso, precisamente, constituye lo más hermoso de su pasión.

Me quedé sorprendido al ver que Douglas se volvía en redondo hacia mí.

—Fue algo hermoso. Hubo otras —continuó— que no aceptaron, que no sucumbieron. Él le habló con franqueza de sus dificultades; le dijo que otras aspirantes al empleo lo habían rechazado por encontrar inaceptables las condiciones. Sencillamente, se espantaban, sobre todo al conocer la condición principal.

—Que era...

—La de no molestarlo nunca; nunca, rigurosamente nunca. No recurrir a él, ni quejarse, ni escribirle por ningún concepto. Debían resolver por sí mismas todos los problemas; recibir el dinero de su administrador, tomar todas las cosas en sus manos y dejarlo en paz. Mi amiga prometió cumplir esas condiciones, y me contó que cuando el joven, encantado, le retuvo

Otra vuelta de tuerca – Henry James

un momento la mano, dándole las gracias por el sacrificio, ella se sintió ya con eso recompensada.

—Pero ¿fue ésa toda su recompensa? —preguntó una de las damas.

—Nunca más volvió a verlo.

—¡Oh! —suspiró ella.

Y aquél fue, ya que nuestro amigo nos volvió a dejar esa noche, el único comentario sobre el tema, hasta que al día siguiente, cerca de la chimenea y en el mejor sillón, Douglas abrió un álbum delgado, de estilo antiguo y tapas de un rojo desvanecido. En realidad, la lectura duró más de una velada y, antes de que en esa noche comenzara, la misma dama formuló otra pregunta:

—¿Cuál es el título?

—No tengo ninguno.

—¡Oh, yo tengo uno! —dije.

Pero Douglas, sin dar señales de haberme oído, comenzó a leer con una elegante claridad que parecía comunicar al oído la belleza de la caligrafía de la autora.

I

Recuerdo el comienzo como una sucesión de vuelos y caídas, un pequeño vaivén entre las cuerdas precisas y las innecesarias. Antes de emprender el viaje, todavía en la ciudad, pasé un par de días muy malos, advertí que habían renacido todas mis dudas y llegué a convencerme de que había cometido un error. Y en ese estado de ánimo pasé unas horas muy largas en la traqueteante diligencia que me condujo al lugar donde debía recogerme un carruaje de la casa que había sido dispuesto para mí; y de esa manera me encontré con que, al final de aquella tarde de junio, me estaba esperando una calesa. Viajar en ella a esa hora, en un día maravilloso y a través de una campiña impregnada de dulzura que parecía ofrecerme una acogedora bienvenida, hizo que mi estado de ánimo mejorase notablemente; y, cuando enfocamos una amplia avenida, la belleza del lugar estuvo acorde con mis sensaciones. Me imagino que había esperado, o temido, algo tan melancólico, que el paisaje que me envolvía resultó una agradable sorpresa. Recuerdo la favorable impresión que me produjeron la amplia y clara fachada de la casa, sus ventanas abiertas, las cortinas de colores alegres y el par de doncellas asomadas en una de ellas; recuerdo el césped y las hermosas flores, el crujido de las ruedas en la grava y las verdes copas de los árboles, cuyas cúspides parecían perderse en un cielo dorado. El escenario era de tal grandiosidad que nada tenía en común con mi modesto hogar. En la puerta principal del edificio apareció una persona muy cortés con una niña tomada de la mano que me recibió con una gran reverencia, como si fuera yo la señora de la casa o una visitante distinguida. La noción que me había hecho de la casa, a juzgar por la de Harley Street, era muy pobre, y aquélla me hizo pensar en el propietario como en un caballero aún más poderoso,

Otra vuelta de tuerca – Henry James

sugiriéndome que iba a disfrutar allí mucho más de lo que él me había prometido.

No sufrí ninguna decepción hasta el día siguiente, ya que en el curso de las horas que siguieron a mi llegada fui como hechizada por la presencia y el conocimiento que hice del más joven de mis alumnos: la niña que acompañaba a la señora Grose, que me pareció a primera vista una criatura encantadora cuyo trato debía ser una delicia. Era la más hermosa que había visto en mi vida, y más tarde me pregunté cómo era posible que quien me empleaba no me hubiera hablado más de ella. Esa noche dormí poco..., me sentía demasiado excitada; y recuerdo que aquello me sorprendió también, teniendo en cuenta la generosidad con que había sido tratada. Mi amplio y espectacular dormitorio, uno de los mejores de la casa, el fastuoso lecho, los cortinajes, los grandes espejos en que podía verme, por primera vez, de la cabeza a los pies, todo aquello me impresionaba, así como el encanto extraordinario de mi pequeña pupila, y tantas otras cosas... Desde el primer momento me resultó evidente que podría sostener buenas relaciones con la señora Grose, lo que había puesto en duda mientras viajaba en la calesa. Lo único que me desconcertaba de aquellas primeras impresiones era la gran alegría que había experimentado al verme. En menos de media hora advertí que estaba muy contenta aquella buena, robusta, sencilla, limpia y franca mujer, a la vez que trataba de no mostrar su alegría. Me pregunté entonces por qué tendría interés en ocultarla, y esa reflexión y las sospechas a que daba lugar me hicieron sentir, por supuesto, un poco intranquila.

En cambio, era un consuelo saber que no habría dificultades en mis relaciones con un ser tan encantador y de tan radiante belleza como mi niña, cuya angelical hermosura fue el principal motivo de que me

levantara antes del alba y caminara de un lado a otro para no dejar escapar nada de lo que acontecía en ese momento: contemplar desde mi ventana abierta el amanecer, observar todos los detalles que podía del edificio y escuchar, mientras la oscuridad se disolvía, el trino de los primeros pajarillos, al que se agregaron un par de sonidos menos naturales, y no provenientes del exterior, sino del interior de la casa, que había creído percibir. Por un momento creí reconocer, débil y lejano, el grito de un niño, y en otro creí percibir ruido de pasos ante la puerta de mi habitación. Pero aquellos detalles no fueron suficientemente fuertes para impresionarme entonces, sino que fue la luz —o quizá debería decir la lobreguez— aportada por otros hechos posteriores lo que los ha hecho volver a mi memoria. Vigilar, enseñar, "formar" a la pequeña Flora sería, evidentemente, el objeto de una vida feliz y útil. Había quedado convenido entre nosotras que a partir de la siguiente noche dormiría en mi cuarto, y su pequeña cama blanca había sido ya instalada en mi habitación. Me había yo comprometido a cuidarla por completo, así que ella durmió por última vez en el cuarto de la señora Grose sólo en atención a mi inevitable extrañeza del lugar y a su natural timidez. No obstante aquella timidez —sobre la cual la misma niña, de la manera más extraña del mundo, había hablado con perfecta naturalidad, mencionándola sin ninguna señal de azoramiento y con la profunda y dulce serenidad de uno de los niños dioses de Rafael, permitiendo que se la discutiera, se la imputara a ella y nos determinara—, tuve la seguridad de que no tardaría en simpatizar conmigo. En parte, ya la señora Grose me gustaba por el placer que pude observar en ella por el hecho de que yo me admirara y sorprendiera cuando nos sentamos a la mesa con cuatro candelabros y con mi alumna colocada frente a mí en una silla alta y con el rostro brillante. Por supuesto, había cosas que, estando presente Flora, tenían